

## VII GOBIERNO DE ORTIZ (1938-1940)

1. Perspectivas (1938)
2. La unidad del hemisferio
3. Contra el fraude (1940)
4. Tensiones (mayo a julio de 1940)
5. El escándalo de El Palomar

## 1. PERSPECTIVAS (1938)

### Iniciación

El 20 de febrero de 1938, Justo entrego el Gobierno a Ortiz.

Acompañaban al nuevo presidente:

*Interior:* Diógenes Taboada, antipersonalista puntano de discreta actuación.

*Relaciones Exteriores:* José maría Cantilo, diplomático profesional.

*Hacienda:* Pedro Groppo, médico, pero más destacado como elemento político de Avellaneda junto a Barceló.

*Instrucción pública:* Jorge Eduardo Coll, antiguo juez y apolítico, de posición liberal.

*Guerra:* General de brigada Carlos D. Márquez.

*Marina:* José padilla, demócrata nacional vinculado a las industrias azucareras de Tucumán.

*Obras Públicas:* Manuel R. Alvarado, demócrata nacional de salta, ministro de Justo e interventor en santa Fe cuando las elecciones de febrero de 1937.

Al hacerse cargo habló de «velar por comicios limpios». No extrañó a nadie porque era un lugar común de los gobernantes elegidos en comicios manipulados; no otro había sido el tono de Justo en los seis años de presidencia. Nadie sospechó que lo dijera sinceramente. Es cierto que Ortiz era un radical que había hecho carrera de los honores bajo la sigla URC, desde concejal a presidente de la república, pasando por la diputación Nacional y el cargo de ministro (de obras Públicas con Alvear, de Hacienda con Justo). Ligado amistosamente con ambos, había sido un asiduo concurrente al City en 1931, hasta que la ruptura de Justo con Alvear lo obligó a un equilibrio. Era orgánicamente radical, pero la mayor atracción de Justo, o tal vez las conveniencias de su bufete (asesoraba grandes empresas británicas), no le permitieron seguir a sus correligionarios a la oposición. Se mantuvo cerca de Justo, y cuando debió buscarse un sucesor a Pinedo, después del «desgraciado debate sobre el comercio de carnes»<sup>1</sup> y la derrota demócrata nacional en Córdoba obligaron a recomponer el Gabinete con tono más antipersonalista, el presidente le ofreció la cartera vacante. Para todos, menos el esperanzado Leopoldo Melo, significaba ofrecerle la futura presidencia.

Si en lo íntimo, como radical, repudiaba el fraude, su pensamiento no se traduciría hasta que llegó el tiempo oportuno. Fue ministro en las horas más intensas del fraude y aceptó una candidatura que necesariamente debía imponerse por el fraude, pero tenía puesta la mirada en un horizonte más lejano: «Estas elecciones —le oiría decir el diputado demócrata nacional Adolfo Múgica— tenemos que ganarlas, aunque sea a cañonazos. Después arreglaremos el país...»<sup>2</sup>.

¿Qué entendería por «arreglar el país»? Los problemas argentinos eran muchos y graves y no se reducían a la normalidad electoral. Estaba la inminencia de la guerra europea, que podía derivar a guerra mundial, con sus previsibles repercusiones entre nosotros.

¿Mantendría Inglaterra su posición en el Río de la Plata, ganase o perdiese la contienda, por el esfuerzo que le impondría? «Queramos o no queramos tenemos una situación de dependencia con Inglaterra —le oyó decir Manuel V. Ordóñez—. Esta es una situación que habría que revertir. Pero es muy difícil hacerlo, y si la guerra se viene, como parece, no podemos pensar en hacer nada por el momento»<sup>3</sup>. Cuidaría, por tanto, por lealtad o por intereses comerciales, el lazo con los británicos. Pero su mantenimiento no dependía solamente de la buena voluntad de los argentinos, sino de que la metrópoli conservase su preeminencia en el mundo de posguerra, y esto era problemático; ganase o perdiese, Inglaterra ya no volvería a ser política y económicamente el poderoso Imperio de antes de la primera guerra mundial, dificultosa —y bastante artificialmente— arrastrado hasta 1938. Vendría para el Río de la Plata, como para todas sus zonas de influencia, la incógnita de su destino. ¿Habría llegado el momento de «revertir la situación»? ¿Teníamos conciencia de formar una nacionalidad para poder manejarnos libremente y con provecho ante otros imperialismos que lógicamente nos exigirían la parte del león? ¿Y quiénes serían los nuevos dueños del mundo? Los Estados Unidos jamás ocultaron su «destino manifiesto» de dominar en América; y en la Conferencia Panamericana de Buenos Aires de 1936, por boca de Roosevelt, hablaron de «la firme unión de los pueblos de América», y proyectaron con Cordell Hull un compulsivo Comité Permanente de Cancilleres para tomar en común las decisiones internacionales, diplomáticamente derivado por Saavedra Lamas —todavía fiel a la tradicional política de no desprenderse de Inglaterra—, a una inoperante y voluntaria consulta que a nada obligaba<sup>4</sup>. ¿La Alemania de Hitler sí, como denunciaban sus enemigos, no limitaba sus propósitos a unificar y consolidar el mundo germánico, y su ambición era dominar los cinco continentes? ¿La Rusia de Stalin, que se consideraba la abanderada de la revolución socialista profetizada por Marx? ¿O la conmoción traería problemas, ideales y actores que escapaban a toda previsión?

Orgánicamente opuesto a una dominación alemana o rusa, Ortiz aceptaba la británica, como hemos visto, porque «si la guerra se viene no podemos pensar en hacer nada por el momento». No creía —¿no quería creer?— en las ambiciones de los Estados Unidos. «Pensaba bien de Estados Unidos —dice Luis A. Barberis, que fue su íntimo amigo, secretario de la presidencia y después ministro de Obras Públicas— en el sentido de que no era un enemigo económico ni político nuestro ni se metía en nuestras cosas»<sup>5</sup>.

Dadas estas premisas puede conjeturarse que en 1938 «arreglar el país» significaba para el nuevo presidente aflojar en lo interno la tensión política para conseguir el entendimiento de todos o la mayor parte de los argentinos: la guerra los debería encontrar unidos o en vías de estarlo. Y en el orden internacional, mantener la vinculación con Gran Bretaña por agradecimiento y lealtad y para que la economía argentina y su bienestar social sufriesen lo menos posible.

<sup>1</sup> F. Pinedo, *En años...*, t. I, p. 179.

<sup>2</sup> Testimonio del doctor Adolfo Múgica en «Proyecto de Historia Oral», del Instituto Torcuato Di Tella, cit. por F. Luna, *Ortiz. Reportaje a la opulencia argentina* (ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1978), p. 44. En adelante, las menciones del archivo Di Tella se citarán por las páginas del libro de Luna.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 156.

<sup>4</sup> Introduciendo la frase «los gobiernos que así lo deseen», la delegación argentina envió el proyecto de Cordell Hull, de una consulta de las repúblicas americanas en el caso de una guerra europea. Hull quedó disgustado con Saavedra Lamas, como lo dice en sus *Memorias*, y se fue de Buenos Aires sin despedirse del canciller argentino (A. Conil Paz y G. Ferrari, *Política exterior argentina. 1930-1962*. manuales Huemul, Buenos Aires, 1964), p. 52.

La posición independentista —tal vez probritánica— de Saavedra Lamas en 1936 fue corregida por la *Declaración de Lima* de 1938, que luego veremos, donde Cordell Hull consiguió que se aprobara su tesis contra las instrucciones expresas de la delegación argentina. Se valió para ello de un contacto personal telefónico con el presidente Ortiz.

<sup>5</sup> F. Luna, *Ortiz...*, p. 156.

## Justo y Ortiz

Dice Luis A. Barberis, quien dentro de cinco días sería secretario general de la presidencia, que el 15 de febrero debió entrevistar a Justo para arreglar los detalles de la transmisión del mando. El presidente saliente le dijo algo «que lo dejó con la boca abierta» (son sus palabras): «Me dijo esto: A usted le va a tocar, al lado de Ortiz, una gran función. Pero acuérdesese de una cosa: no se puede vivir indefinidamente con el fraude. ¡Es un lastre terrible para el Gobierno!»<sup>6</sup>.

Dice Barberis que «cuando se lo conté a Ortiz ¡no lo podía creer!» Que el futuro secretario de la presidencia se asombrase de las palabras de Justo puede atribuirse a su relativa perspicacia política, pues la política del fraude había cumplido su ciclo y debería terminar con la elección del sucesor de Justo. Que Ortiz «no lo podía creer», o es una impresión errónea de Barberis, o la discreción de Ortiz no le permitió explayarse con su secretario. Todo indica (sobre todo la designación de Ortiz para sucederle) que Justo aspiraba a una renovación total de la política que hiciera innecesario el fraude.

Justo, tan parecido a Roca en muchas cosas, no era —como tampoco lo fue éste— un caudillo popular que podía mantener la jefatura del partido mientras un títere cumpliera las funciones administrativas en la Casa de Gobierno. El dominio de ambos se basaba en la habilidad para manejar los resortes de la presidencia y —subsidiariamente en Roca, esencialmente en Justo— mantener el control de las Fuerzas Armadas, que en los tiempos del último ya eran factor de la política (pero aún oculto) <sup>7</sup>.

No hubiera sido posible la candidatura de Justo levantada contra la voluntad de Uriburu, ni los procedimientos para imponerla, ni la anulación del partido radical por conspiraciones sospechosas primero, y por el fraude abierto después, si no hubiese existido la voluntad de las Fuerzas Armadas. El repudio al populismo yrigoyenista era hondo en la mentalidad de la mayoría de los militares y marinos. Tan hondo e irracional, que se extendía al radicalismo de Alvear, que sólo tenía de común con el de Yrigoyen la sigla partidaria.

El director de la política entre 1932 y 1938 había sido Justo con su astucia, conocimiento de los hombres y, sobre todo, apoyo de las Fuerzas Armadas. No obstante, el repudio visceral que su presencia despertaba a la multitud (algo semejante le pasó a Roca, sin que la impopularidad perturbase su larga vida política). La «Concordancia» había sido solamente un tinglado para dar apariencia partidista a su candidatura, pero en realidad, ¿qué representaba?: agrupaciones provincianas unidas por el apetito y que apenas podían mantenerse insufladas por el fraude. Pero se creían necesariamente un «partido» con derecho a compartir el poder, y acababan de demostrarlo al vetar la candidatura a vicepresidente de Miguel Ángel Cárcano. Algunos de ellos, como ese gobernador, Manuel Fresco, de Buenos Aires, se habían tomado tan en serio al fraude que no lo usaba como trampa a disimular, sino con la prepotencia orgullosa de una necesidad patriótica. En cambio, los radicales de Alvear se mostraban más comprensivos. El tremendismo había desaparecido de sus filas amansadas y sus campañas partidarias eran complacientes. Aceptaban resignados el fraude, desahogándose en prudentes manifiestos que dejaban a salvo, a la vez, los «principios» y las bancas de minoría. Sus gobiernos provinciales eran irreprochables y no se inmiscuían en la política central o en la orientación económica o internacional. Desde sus escaños parlamentarios o de ediles municipales apoyaban la política del Gobierno, contentándose con una cuota discreta de los beneficios a distribuir.

¿Eran, acaso, un partido de oposición? ¿Eran siquiera populares? Es cierto que tenían los votos, pero sus concentraciones cívicas carecían de entusiasmo. El yrigoyenismo había muerto con Yrigoyen. La sola oposición valedera estaba en los cenáculos nacionalistas —y no en todos— o en los jóvenes forjistas. Pero el pueblo no los acompañaba, tal vez porque les faltaba el carisma de un conductor. El pueblo no estaba en ninguna parte.

Justo comprendió que la oposición conservador-radical había cumplido su etapa, y debió hablarlo con Ortiz al encomendarle la presidencia e instruirlo sobre la tarea a cumplir. Debería barajar y darse de nuevo el naípe político con cuidado para no lastimar inútilmente las susceptibilidades de los conservadores que convenían en el juego ni dar pie a ambiciones excesivas de los radicales. El primer paso sería intervenir las provincias conservadoras —sobre todo Buenos Aires— a pretexto del fraude; el segundo, dejarlas intervenidas hasta que se formase el nuevo partido, que culminaría con la reelección de Justo, esta vez por elecciones correctas.

Justo, como Roca, nunca ocultó su voluntad de volver a la presidencia. Recuérdese la anécdota: «¿A qué puede aspirar quien ha sido presidente de la República?», le preguntó a Roca un periodista al dejar el cargo. «A volver a serlo», fue la respuesta.

Que en sus momentos iniciales Ortiz estuvo de acuerdo con los dos propósitos de Justo: formar una nueva fuerza política y trabajar la reelección de éste, era indudable. En abril de 1938, a los dos meses de empezada su presidencia, intervino la provincia de San Juan, pese a los deseos de Justo. Pero Ortiz —dice su secretario Barberis— «hizo decir al general que no se metiera en los problemas de solución política y que su pensamiento estaba siempre puesto en su sucesor, que podía ser el propio Justo»<sup>8</sup>. Justo quedó satisfecho, se fue a Europa y San Juan fue intervenida.

Vicente Solano Lima, diputado demócrata nacional, le oyó decir que «el ciclo de conservadores y radicales había periclitado; que había que ir a otra cosa con los mismos hombres, u otros (...). Aspiraba Ortiz a un nuevo partido de conservadores y radicales. Aunque parecieran irreconciliables, él los uniría»<sup>9</sup>.

Mario Amadeo cuenta lo que el presidente dijo a su padre —Octavio Amadeo— al ofrecerle la Embajada en Río de Janeiro en diciembre de 1938: «... Que estaba dispuesto a hacer un saneamiento institucional, pero que quería evitar a su política todo aspecto de revanchismo radical. Le habló de hacer una síntesis, de crear un dialogo que dejara atrás los resquemores anteriores. Y también le señaló que no quería pasar a la historia como un hombre que traicionó a quienes lo llevaron al Gobierno, sino como alguien que creó condiciones para la concordia»<sup>10</sup>.

Manuel V. Ordóñez, asesor letrado de los Ferrocarriles del Estado, que gozaba de toda su confianza, encuentra en 1940 que «Ortiz entendía que este país no tenía salvación si no había un movimiento de gente joven que lo heredara. Y eso solamente se podía hacer con una parte del radicalismo y promoviendo a la gente joven que valiera (...). Recuerdo que esa noche (*al disponerse la intervención a Buenos Aires en marzo de 1940: intercalación mía*) Ortiz volvió a repetir su esquema: quería hacer un movimiento de juventud nuevo que tomara el Poder cuando él terminara. Porque el radicalismo está corrompido»<sup>11</sup>.

Mario Amadeo amplía el pensamiento de Ortiz en marzo de 1940: «El presidente le expresó (a Octavio Amadeo, ofreciéndole la intervención en Buenos Aires) que no tenía ningún apuro por convocar a elecciones en Buenos Aires, y que de ninguna manera daría un salto al vacío en materia electoral. Se darían elecciones cuando estuvieran dadas las condiciones para que el resultado fuese el mejor para el país. Que yo sepa, Ortiz no habló de formar un nuevo partido. Más bien lo que quería, tal como interpretó su pensamiento mi padre, era establecer una especie de *New Deal*, un nuevo trato público, una convivencia más civilizada. Y si la provincia de Buenos Aires tenía que volver a los radicales, que no lo fuera bajo una fórmula del tipo Pueyrredón - Guido, sino con un esquema potable para todos»<sup>12</sup>.

Justo, como Roca después de investir a Juárez Celman, podía irse por seis años a Europa para que los amigos resentidos y los inevitables comadreo no turbasen el agradecimiento del sucesor. Su labor administrativa le tenía sin cuidado, siempre, claro está, que se limitara a «calentarle la silla» para devolvérsela en condiciones.

Roca debió volverse a los tres años cuando su olfato de zorro le advirtió que la «camarilla» de Juárez le había birlado la futura presidencia. No pudo recuperarla para 1892; debió hundir a Juárez con la zancadilla del noventa y prepararse el escenario para tenerla en el noventa y ocho.

Justo tuvo que volver a los ocho meses, cuando se dio cuenta que Ortiz le había resultado más radical que justista y, lo que era tal vez peor, se inmiscuía peligrosamente en el campo vedado del Ejército»<sup>13</sup>.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 131.

<sup>7</sup> «Subsidiariamente», porque en tiempos de Roca, si bien las Fuerzas Arreadas tenían un poder político cooperante, éste no era todavía decisivo. Es cierto que el Ejército de Buenos Aires impuso la presidencia de Mitre en 1862, sostenida por el partido liberal, y fue en 1868 un factor importante en la derrota del candidato de Mitre y elección de Sarmiento. Pero el pronunciamiento de los más importantes jefes militares en la revolución de 1874 no pudo llevar nuevamente a Mitre a la presidencia; y en 1880, Roca, que contaba con la totalidad del Ejército de línea (pocos jefes pidieron la baja para ofrecerse individualmente a dirigir a los rifleros, sólo pudo llegar al Gobierno después de la guerra civil más cruenta de nuestra historia y tras una capitulación sospechosa de los partidarios de Tejedor.

<sup>8</sup> F. Luna, *Ortiz...*, p. 130. Barberis era secretario general de la presidencia.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 150.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 145.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, pp. 145 y 172.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 173.

<sup>13</sup> La indiscreción de Barberis (que Luna Recoge) nos hace saber algunos detalles íntimos de la estada del ex presidenta en Europa, que movieron a Ortiz a facilitarle una negociación remunerativa que prolongase su alejamiento (ibídem, pp. 134-135).

## Ortiz y el Ejército

Era el primer civil en la presidencia desde 1930. Sin embargo, este abogado obeso, pálido, de inseguro caminar, que sufría continuos desmayos, consiguió, por un esfuerzo de voluntad, dar la imagen del comandante supremo de las fuerzas de mar y tierra, que decía la Constitución. Desde el comienzo de su Gobierno quiso presentarse como un presidente *militarista*: en junio de 1938 amplió en diez millones y medio el presupuesto militar de noventa y siete millones votado por el Congreso; dio un subsidio al Círculo Militar para adquirir el lujoso Palacio Paz de la plaza San Martín como sede de la institución. En diciembre modificaría la organización militar vigente desde 1905 con nuevas divisiones y tres nuevos comandos fundamentales: los Ejércitos 1.º y 2.º con asiento en Rosario y Mendoza y el Comando de Caballería con cuartel en Campo de Mayo; formuló un plan de compra de materiales bélicos en el exterior; mejoró la formación de jefes en las Escuelas de Guerra y centros de altos estudios; amplió (y eso le traería a su ministro de Guerra un grave problema) los terrenos del Colegio Militar en El Palomar que su antecesor, Justo, proyectó, pero no pudo o no quiso finiquitar. En todo fue ayudado por el ministro de Guerra, general de brigada Carlos D. Márquez, de reconocida competencia profesional.

«No se han revelado los motivos de su designación —dice Potash—, pero sería interesante saber si el propio Justo no reclamó su designación en la creencia de que Márquez, cuyos dos últimos ascensos habían sido obra de Justo, sería un aliado en el Gabinete de su sucesor. En todo caso, el presidente Ortiz halló en el general Márquez un colaborador dispuesto a hacer lo necesario para elevar el prestigio de su superior a los ojos del cuerpo de oficiales» <sup>14</sup>.

Acompañado del ministro Márquez, el presidente no omitía ceremonia militar por mínima que fuese: concurría a inauguraciones, desfiles, revistas, colocación de piedras fundamentales, entrega de diplomas, etc. «A pesar de su mala salud —informa el embajador norteamericano Alexander W. Wedell— se esforzó en asistir a las maniobras de Entre Ríos, una región inhospitalaria» <sup>15</sup> Diríase que quiso presentar un contraste con Justo, que, militar y designado y sostenido por el Ejército, había querido dar la imagen de un gobernante civil, recalcando su título universitario de «ingeniero civil», y conservó en el ropero su uniforme de general de división.

Pero no se limitó Ortiz a disponer mejoras bélicas o de organización, o disponer ventajas materiales y asistir, como si fuera un deber inexcusable de su cargo, a todos los actos militares. No se proponía solamente, borrar el recelo castrense para quienes no eran de sus filas. Asesorado por Márquez, quiso hacer del Ejército un apoyo para su política de acercamiento a los radicales, quebrando el equilibrio entre «uriburistas» y «legalistas» que Justo había mantenido con habilidad.

Su primer golpe fue contra el general Juan Bautista Molina, director general de Ingenieros y presidente del Círculo Militar. Había sido en 1930 secretario general de Uruburu, y después de una misión en Alemania se convirtió a un original «nacionalismo», cuyo propósito no es fácilmente perceptible a través de las proclamas de su frustrada conspiración. Ya hemos visto sus andanzas al estudiar la presidencia de Justo. Su conspiración («la más larga de la historia», dice José Luis Torres, que a veces anduvo por sus caminos) se prolongaría desde 1933 hasta febrero de 1941 sin poder consolidarse jamás, pero entretuvo a los militares «nacionalistas» y al excelente servicio de informaciones de Justo. Hasta los tiempos de Ortiz y Márquez no perjudicó su carrera y acumuló ascensos y buenos destinos. Después debió retirarse, pero no por eso dejó de conspirar. Ni de enterarse Justo, inexplicablemente, de los propósitos «nacionalistas» y desbaratarlos en el momento oportuno.

El 7 de julio de 1938, Molina, como presidente del Círculo Militar, había dado la bienvenida a Ortiz en el banquete de confraternidad militar con palabras elogiosas para la revolución de septiembre, que no debieron gustar a éste, a Márquez y a los militares «legalistas». Habló de «aquellos que, aun no hace mucho, supieron afrontar con ejemplar entereza, sinceridad y patriotismo, situaciones en que fue indispensable la intervención de las Fuerzas Armadas para salvar a las instituciones del país y garantizar su cultura y progreso». A las tres semanas era separado de la Dirección de Ingenieros (donde

su criterio sobre el precio de unos terrenos que ampliarían el Colegio Militar del Palomar no coincidía con el del ministro) y puesto a disponibilidad. El motivo que se dio no fue su discurso de la cena de confraternidad, ni la disparidad de criterio en los terrenos del Palomar. Fue una comida con unos diputados radicales «sin permiso de la autoridad superior»<sup>16</sup>.

Molina siguió al frente del Círculo Militar, donde no alcanzaba la jurisdicción del ministro. Este centro no estaba cerrado, de mucho atrás, a la prédica política *militarista*. En 1928, Lugones había enseñado en su tribuna y revista lo que sería *La Patria Fuerte*. En 1936, Juan R. Beltrán, profesor de psicología en el Colegio Militar, sentaría que «el militar es, dentro de nuestro medio social, el elemento más puro, más incontaminado. Por esta significativa razón de pureza espiritual, de incontaminada conciencia, el militar es la permanente esperanza del país y la más bella realidad actual de nuestra democracia»<sup>17</sup>. Jordán Bruno Genta, filósofo de Paraná que esperaba la renovación moral argentina por la acción concertada del clero y las Fuerzas Armadas, también fue invitado a exponer su pensamiento «nacionalista»; Alberto Baldrich —que después reaccionaría al comprender al pueblo, la historia y la realidad argentina— en 1937 hablaba en el Círculo y en la Escuela Superior de Guerra, de los militares como «los creadores de la nación», los «defensores de su cultura», el «símbolo vivo de la nacionalidad»<sup>18</sup> etcétera. De más está decir que en esas horas de «despertar del nacionalismo», al que me referí antes, ningún auténtico nacionalista, ningún revisionista, ningún forjista, fue llamado a ocupar la tribuna del Círculo ni se le pidió que colaborase en la *Revista Militar*.

Quizá para apartar a Molina del centro de sus conspiraciones, Márquez lo trasladó, a fines de 1938, a un comando en Bahía Blanca. Molina debió pedir el retiro.

De los cargos de comandantes de Ejército fueron excluidos los uriburistas. Benjamín Menéndez, nombrado en un primer momento comandante de la Caballería, fue trasladado antes del año a un puesto inocuo en el Consejo Superior de Guerra y Marina junto con el también uribarista general Accame, jefe de la VI División hasta entonces. Entre los nombrados había algunos amigos de Justo (coroneles Sarobe y Tonazzi, jefes de división), pero predominaban los radicales (Avelino Álvarez, que en septiembre de 1930 había impedido el levantamiento de Campo de Mayo y en 1931 conspiraba con Bosch y Cattáneo, fue promovido a cuartelmaestre general, segundo cargo en la jerarquía del Ejército)<sup>19</sup>; los capitanes que el 6 de septiembre se opusieron al levantamiento del Colegio Militar y ahora eran tenientes coroneles fueron llevados a funciones de confianza cerca del ministro (Germán Gutiérrez, a secretario del Ministerio —equivalente a subsecretario de Guerra—; José F. Suárez y Antonio Vieyra Spangenberg, adscritos al Ministerio) o a comandos de los regimientos estratégicos que cercaban la capital (Rafael Lascalea del 2.º de Infantería, Ambrosio Vago del 3.º). Los traslados y retiros de oficiales superiores que se hacen a fin de año fueron anormalmente excesivos en diciembre de 1938: seis generales recibieron el retiro, contra dos del año anterior. Los comandos de las seis divisiones de Infantería y uno de las dos de Caballería (la restante quedó al mando del oficial superior nombrado por Ortiz y Márquez en febrero fueron renovados; se cambiaron los comandantes de las seis regiones militares; y, desde luego, se nombraron comandantes para el 1.º y 2.º Ejército y comando de la Caballería recientemente creados<sup>20</sup>.

<sup>14</sup> R. A. Potash, *El Ejército y la política...*, p. 159. Carlos Márquez, que había pasado los últimos años en Europa en misión militar, era considerado «legalista». También lo había sido en 1930 Manuel A. Rodríguez, el hombre de más confianza que tuvo Justo en las filas militares, a quien hizo su ministro de Guerra y hubiera llevado a la presidencia de haber vivido. Rodríguez fue «legalista» en la revolución de 1930 por espíritu profesional, pero no dejó de mantener amistad, contacto y admiración hacia Justo. Que no es el caso del general Márquez.

<sup>15</sup> Despacho del 8 de febrero de 1939 (en Potash, *El Ejército...*, p. 159).

<sup>16</sup> «El hecho de que estos diputados perteneciesen al partido radical, que jamás había merecido ninguna simpatía de Molina, confirió al episodio un carácter extraño» dice Potash (*El ejército y la política*, p. 163). Pero Molina conspiraba con los elementos que podía: uno de sus asesores inmediatos era el ex senador yrigoyenista Diego Luis Molinari.

<sup>17</sup> Citado por Potash, *El ejército y la política...*, p. 153. El título de la conferencia de Beltrán era «La misión del oficial frente a los problemas sociales», y fue reproducida en la *Revista Militar* de septiembre de 1936.

<sup>18</sup> Potash, *El ejército...*, p. 153. Conferencias reproducidas en *Informaciones* de diciembre de 1936, y *Revista Militar* de septiembre de 1937.

<sup>19</sup> Tal vez como buen yrigoyenista, Álvarez simpatizaba con el auténtico nacionalismo. Durante los años de la guerra mundial será neutralista y acusado de *nazi*.

<sup>20</sup> Potash, *El Ejército...*, p. 20.

## Situación política en 1938

Quince días después de hacerse cargo del Gobierno —el 6 de marzo—, Ortiz debió presidir las elecciones bianuales de diputados nacionales. Se hicieron de la misma manera que las suyas: vuelco de padrones, y si los fiscales eran insobornables, escamoteo de las urnas en el correo. Con tranquilidad, sin incidentes, porque los radicales estaban conscientes de su impotencia. Menos en San Juan, donde el gobernador demócrata nacional, Maurín, debía afrontar la agresiva oposición de los cantonistas, que no quería resignarse al papel pasivo. Hubo apaleamiento de opositores, y el día de los comicios se detuvo a no menos de mil fiscales adversarios.

El plácido vuelco de padrones o escamoteo de urnas en Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes, Mendoza, Catamarca y La Rioja (sólo se votó con corrección en la capital y las provincias de Córdoba, Entre Ríos y Tucumán, situaciones radicales) no fueron observados por Ortiz y su ministro del Interior, Taboada. Solamente la situación de violencia de San Juan: «Este Gobierno está dispuesto a tomar las providencias necesarias si V.E. no las reprime ejemplarmente», amenazó al gobernador. No alarmó a Maurín ni a nadie.

Ni perturbó a los demócratas nacionales, acostumbrados a las frases semejantes de Justo. La situación era tranquila: sus Gobiernos provinciales se desenvolvían en calma, y lo que Maurín estaba obligado a hacer en San Juan era comprensible en una provincia como aquélla. Los alardes de *fascismo* criollo de Fresco en Buenos Aires sólo molestaban a sus correligionarios más conservadores y a los socialistas de Mar del Plata porque la población y los radicales no daban muestras de alarmarse con los desfiles de la policía motorizada. Las cosas se presentaban bien: habían desplazado a los socialistas en la minoría de la capital; un demócrata nacional —el bonaerense Juan G. Kaiser—presidía la Cámara de Diputados, y su correligionario, el vicepresidente Castillo, lo hacía en el Senado; tres ministros afiliados al partido integraban el Gabinete.

No era igual el ánimo de los radicales. Habían confiado en las palabras de Justo y la derrota en las elecciones presidenciales los amilanó. Estaba visto que nada podía contra el fraude, y el destino del partido les alarmaba. Es cierto que Sabattini estaba haciendo un buen Gobierno en Córdoba, pero el *gringo* no era bien mirado por Alvear y el Comité Nacional por su oposición a ayudar a Inglaterra y Francia en la guerra inminente. Mantenían la situación de Entre Ríos, pero a los tropezones, porque los viejos yrigoyenistas nada querían saber con Laurencena y los suyos, y prefirieron votar por Ortiz antes que por Alvear en las elecciones de presidente, dándole un triunfo inesperado por lo correcto. De los radicales «concurreristas» que gobernaban en Tucumán, mejor era no ocuparse: cumplían en la provincia las mínimas insinuaciones de Justo, y sus cinco diputados en el Congreso Nacional comerciaban sus votos al mejor postor.

Evidentemente, el radicalismo no tenía porvenir. Pero tampoco lo tenían los demócratas nacionales, pese a su preeminencia política. Carecían de juventud, que había tomado otros rumbos; en la universidad, los temas que apasionaban eran el comunismo o el nacionalismo entendidos de muy diversas maneras. A nadie le interesaba el radicalismo de Alvear ni el Gobierno de Ortiz.

La guerra civil española había sido un tema de polémica e incomprensión para la juventud desde 1936. Por apego a los valores tradicionales, disparidad con el liberalismo, repudio al comunismo, simpatías a la Falange de José Antonio, influencia de sus discursos y libros; por catolicismo, hispanismo y militarismo, la mayor parte de las agrupaciones y periódicos nacionalistas habían tomado una posición ostensible en esa guerra que conmovía a la opinión. Muy pocos eran los nacionalistas que advertían a los suyos que los problemas del nacionalismo español no eran los mismos del nacionalismo argentino, y las simpatías o antipatías que se podían tener personalmente no deberían llevar a confundir ambos movimientos. En el sótano y los boletines de FORJA estaba prohibido tocar el tema de la contienda española; Scalabrini Ortiz señalaba juiciosamente a los jóvenes forjistas que «los problemas argentinos nos unen; los problemas extranjeros nos separan».

La posición de los diarios de más circulación en Buenos Aires demuestran el desconcierto: *La Nación* y *La Razón* estaban decididamente con los «nacionales», *La Prensa* favorecía con equilibrio a los republicanos, y *Crítica* los sostenía con entusiasmo y atacaba acremente a Franco.

No había juventud radical. Algunos, tal vez los mejores y más consecuentes con el tronco originario, se habían ido al sótano de FORJA para estudiar la dependencia argentina y no se consideraban ligados al Comité Nacional; otros, desilusionados de la política, se habían dejado ganar por el escepticismo. No había, menos aún, juventud conservadora o antipersonalista, porque los jóvenes no encontraban allí ideales generosos. Solamente hombres de más de cuarenta años, sin fe ni entusiasmo, que permanecían fieles por conveniencias materiales o por lealtad criolla a las siglas de los partidos tradicionales algo semejante pasaba en el socialismo, donde muchos estudiantes y jóvenes artesanos, ingresaron en los días de la Alianza Civil para encontrarse con el liberalismo doméstico de Repetto o las frases sonoras de Palacios, que habían sido convincentes en los años del Centenario, pero sonaban desabridas en tiempos de imperialismo y de liberación nacional. Alguno encontró su camino en FORJA; otros en el revisionismo histórico naciente; los más, en el comunismo a través del cisma del «socialismo obrero» que encabezaba en esos años Benito Marianetti. Algunos jóvenes demócratas progresistas de la capital, admiradores de las condiciones de luchador de De la Torre, pero conscientes de la insalvable falla de su liberalismo novecentista, habían ido a dar al comunismo.

Los comunistas ortodoxos —el P.C. ligado a Moscú— que acerbamente había combatido la candidatura fascista de Ortiz (era «*fascista*» en su léxico quien no pensaba como ellos), cambiaron antes de asumir Ortiz la presidencia. El X Congreso del Partido, reunido en enero, y las últimas instrucciones de Moscú alertaban sobre el peligro alemán (aún no se había producido el pacto Molotov-Ribbentrop) y recomendaban volver a los «frentes democráticos contra el fascismo» uniéndose a los enemigos de Hitler y Mussolini. «Desde el punto de vista político —explicaba el partido en enero su decisión de apoyar a Ortiz (que asumiría en febrero)— debemos tener en cuenta que había formado parte de la U. C. Radical, y es sostenido dentro de la concordancia por el partido antipersonalista especialmente y por conservadores liberales del tipo Roca, Cárcano, Saavedra Lamas. El doctor Ortiz está vinculado a los ferrocarriles británicos y su elección ha despertado una enorme satisfacción en los círculos financieros de Londres, lo cual asegura el apoyo de la influencia inglesa en nuestro país (...). Si bien es cierto que Ortiz será presidente gracias al apoyo que le han prestado el capital extranjero y las fuerzas más reaccionarias y fascistas del país, que ha ganado la elección gracias al fraude, Ortiz no se propone establecer el régimen fascista»<sup>21</sup>.

<sup>21</sup> *Esbozo de historia del partido comunista*, p. 29, citado por J. A. Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* (ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1976), t. II, p. 501.

## 2. LA «UNIDAD DEL HEMISFERIO»

### **Antecedente: la Conferencia Extraordinaria de Buenos Aires en 1936**

Con el propósito de «acelerar los pasos para perfeccionar el sistema hemisférico»<sup>1</sup> y con el pretexto, o la realidad, de la crisis que se avecinaba en Europa, Roosevelt había invitado en 1936 a una Conferencia Panamericana Extraordinaria que se realizó en Buenos Aires en diciembre. La inauguró el presidente de los Estados Unidos con un expresivo discurso, donde el plural: «*los pueblos de las Américas están fuertemente unidos... si otros pueblos impulsados por la locura de la guerra o la avaricia de ampliar su territorio trataran de cometer actos de agresión contra nosotros...*»<sup>2</sup>, dio el tono.

La «fuerte unidad» sólo estaba en la imaginación o los deseos del presidente norteamericano. Cordell Hull, que presidía la delegación norteamericana como secretario de Estado, tuvo allí su primer choque con lo que llamaría en sus *Memorias* la «tozudez» de los argentinos. No consiguió imponerse al canciller argentino, Saavedra Lamas, que desde la altura de su premio Nobel y haber presidido la Liga de las Naciones se erigió en el mentor de la asamblea. La posición argentina de celar su independencia frente a los Estados Unidos era la clásica —y tal vez probritánica— asumida en todas las reuniones panamericanas anteriores. La defensa de la democracia estaba muy bien, pero no veía la necesidad de aislarse como si «las Américas» fueran una «isla de Robinson Crusoe».

Cordell Hull, que no pudo imponer que «las Américas» se consultasen para defenderse unidas, quedó tan molesto con Saavedra Lamas que se fue de Buenos Aires sin despedirse del canciller argentino.

<sup>1</sup> A. Conil Paz y Gustavo Ferrari, *Política exterior argentina, 1930-1962* (ed. Huemul, Buenos Aires, 1964), p. 49.

<sup>2</sup> *Ibídem*, p. 50.

### **La VIII Conferencia Panamericana. «Declaración de Lima» (diciembre de 1938)**

Para diciembre de 1938 estaba convocada en Lima la periódica Conferencia Panamericana. El ahora canciller argentino, Cantilo, descartando que por la gravedad que habían tomado los problemas europeos Hull insistiría con la unidad del hemisferio, trató inútilmente de postergarla. Estados Unidos y los Gobiernos sometidos a su influencia no aceptaron.

Las cosas estaban tensas en Europa. Hitler, en su política de reunión germánica, había incorporado en mayo Austria y poco después la región alemana de los *sudetes*, poseída desde el tratado de Versalles por

Checoslovaquia, ante la impotencia de Inglaterra y Francia, que debieron aceptar en Munich el 30 de agosto el hecho consumado con la esperanza de que el *anschluss* («reunión germánica») se detuviese allí. También Italia, que se había apoderado de Etiopía pese a la oposición de la Liga de las Naciones, amenazaba expandirse hacia Albania.

Cantilo no quiso presidir la delegación argentina, evidentemente para no enfrentar a Hull. Pero no resistió el deseo de inaugurarla aprovechando que el temible secretario de Estado demoraría su llegada.

El discurso de Cantilo, tachado diplomáticamente de frases sobre «la solidaridad americana que nadie pone, ni puede poner, en duda», era la reafirmación de la política tradicional argentina: todos somos solidarios, pero «no necesitamos para ello de pactos especiales...; la Argentina cree que cada pueblo americano, con fisonomía inconfundible, debe desarrollar su propia política...; nuestra solidaridad continental no puede ser excluyente de la que nos une al resto del género humano... Así como los Estados Unidos sostuvieron en China la política de *puertas abiertas*, y fueron llevados a interesarse por las islas Hawai y luego, tras la guerra de España, a obtener la cesión de Filipinas; es decir, a sostener una política que no era exclusivamente americana, así los intereses que los países del Río de la Plata, y no sólo la Argentina, tienen en los mercados europeos, se oponen a ello (una política exclusivamente americana) y gravitan en su política nacional e internacional... El universalismo, el espíritu ecuménico, es tradición en la patria de aquel que un día, en Washington, expuso como lema de la política internacional argentina: América para la humanidad»<sup>3</sup>.

Lanzó la bomba; y anunció que dos días después dejaría Lima en el crucero-escuela *La Argentina* para pasar una temporada de descanso en los lagos chilenos. Dejaba así «determinada la actitud que la delegación argentina ha de adoptar en esta Conferencia» (fueron sus palabras), con instrucciones precisas de no apartarse de ella.

Cordell Hull, que se acercaba a Lima a bordo del *Santa Clara*, fue advertido por radiograma que la delegación argentina «rechazaría la idea de un pacto de seguridad colectiva». Apuró las máquinas y llegó a la capital peruana antes de zarpar *La Argentina* y pudo hablar con Cantilo. La entrevista «no fue satisfactoria»: Cantilo no era miembro de la delegación argentina y además no tenía tiempo material para estudiarle el proyecto que el norteamericano sometería a la Conferencia a pocas horas de la salida de su buque. Se limitó a llevarlo consigo.

Hull contaba con el apoyo de la mayoría de las delegaciones (hubo alguna reticencia de los chilenos y uruguayos, donde persistía la influencia del *Foreign Office*) y sobre todo contaba con las repúblicas centroamericanas y el Caribe, prácticamente dominios norteamericanos: la política del «buen vecino» de Franklin Roosevelt había coronado armoniosamente la del *big stick* de Teodoro Roosevelt. Desde 1936 tenía a su lado, como socio y consejero, a Osvaldo Aranha, el sagaz canciller brasileño: Itamaraty había comprendido antes que el Palacio San Martín, que las horas de la hegemonía británica, ganase o perdiese la inminente guerra, estaban contadas. El sólido patriotismo brasileño podía permitirse complacencias con los Estados Unidos, mercándolas por ventajas materiales o apoyo internacional —como lo había hecho en toda su historia con Inglaterra— sin que menguara su facultad de decisión. Que no era el caso =jes duro decirlo!— del «patriotismo» formalista y declamatorio de la mayor parte de los gobernantes argentinos desde la segunda mitad del siglo xix.

Los diez días que Cordell Hull debió lidiar en Lima con la delegación argentina los recuerda en sus *Memorias* «como los más difíciles de mi carrera». Fueron inútiles sus gritos para amedrentar a los argentinos, abroquelados en sus terminantes instrucciones; inútiles los razonamientos de Osvaldo Aranha. Todas las delegaciones acabaron por aceptar la declaración de Hull sobre la *solidaridad americana* ante «la penetración ideológica, el uso de la fuerza y aun la mera amenaza» por Gobiernos no americanos. Menos la Argentina. Lo único que consiguió Aranha fue que los argentinos pidieran a Cantilo mayor amplitud de instrucciones si daban con su paradero, que ignoraban o aparentaban ignorar.

Por tanto, el propósito de Roosevelt y Hull de que la guerra europea encontrase a los Estados Unidos al frente de «las Américas» estaba fracasado. Sólo podían conseguir una declaración

parcial —sin la Argentina—, y se llegó a proponerla. Pero ya no sería una resolución *panamericana*.

Entonces, Hull tomó el toro por las astas. Pidió una comunicación telefónica con Ortiz; le dijo que el veraneo de su canciller tenía paralizada la Conferencia y lo convenció de la grave responsabilidad que recaería sobre la Argentina.

No se conocen los detalles de esta conversación, que debió hacerse con intérpretes porque Ortiz no dominaba el inglés y Hull no conocía el español, y si el presidente argentino se asesoró por algún experto en relaciones exteriores. Solamente que localizó a Cantilo y le dio orden de que hiciera firmar el proyecto de Hull a la delegación argentina. «Costó trabajo ponerse en contacto con el canciller en vacaciones», dicen Conil Paz y Ferrari °.

Cantilo mandó, desde los lagos chilenos, un proyecto de declaración «semejante al que Hull le había entregado en Lima, salvo que no preveía un sistema regular para las reuniones de cancilleres»<sup>5</sup>, que la Conferencia se apresuró a votar. Fue la *Declaración de Lima* del 24 de diciembre de 1938, que Hull considera en sus *Memorias* «el mayor triunfo de mi carrera diplomática».

La *Declaración de Lima* imponía a todas las Américas «la solidaridad continental y el propósito de colaborar en los principios en que se basa dicha solidaridad... (para) mantenerlos y defenderlos contra toda actividad extraña que pueda amenazarlos». Los ministros de Relaciones Exteriores, o sus representantes, se reunirían «a iniciativa de cualquiera de ellos» en alguna capital americana para «coordinar sus respectivas voluntades soberanas mediante el procedimiento de consultas... usando los medios que en cada caso aconsejen las circunstancias».

No obstante dejar «entendido que los Gobiernos de las repúblicas americanas actuarán independientemente en su capacidad individual, reconociéndose ampliamente su igualdad jurídica como Estados soberanos», lo cierto es que se creaba un organismo unificador del hemisferio (la conferencia de cancilleres), especie de super-estado de preponderancia norteamericana, dentro del cual, y contra el cual, no sería fácil a las demás repúblicas «actuar independientemente en su capacidad individual e igualdad jurídica como Estados soberanos».

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 59. Los autores critican que «la solidaridad americana, vista por Cantilo, estaba minada por el más profundo individualismo nacional».

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 61.

<sup>5</sup> *Ibíd.*

## Los ingleses y la Argentina, en vísperas de la guerra

Los esfuerzos británicos para mantener su posición en la Argentina y dejar en resguardo el capital invertido y el mercado proveedor de sus víveres y consumidor de sus manufacturas fueron constantes desde que se sospechó la posibilidad de nueva guerra contra Alemania. En 1937, ilustres viajeros —el mariscal Alemby, el canciller del Tesoro, Hailshman; el ex virrey de la India, lord Sillingdon—llegaron a Buenos Aires en misión de confraternidad. La Cámara de Comercio británica agasajaba en sus banquetes mensuales del Plaza Hotel a los ministros de Justo: empezó con el entonces titular de Obras Públicas, Ortiz, cuyo nombre proclamó como futuro presidente de la República; siguió con el de Agricultura, Miguel Ángel Cárcano, presunto candidato a vicepresidente que no pudo cuajar; después invitó al del Interior, Ramón Castillo (que sustituyó a Cárcano en la fórmula presidencial); y siguieron, en agosto, el de Relaciones Exteriores, Saavedra Lamas, y en septiembre, el de Hacienda, Acevedo. La prensa escrita en inglés explicaba la necesidad británica de contener los desbordes territoriales de Hitler, pero más le interesaba que la Argentina se manejase con independencia de otras tutelas y fuese neutral, pero amiga y proveedora de Gran Bretaña en la próxima guerra. La otra prensa apoyaron intencionalmente a «las democracias», recalcando que el Reino Unido era un «gran imperio de instituciones sabias, inspiradas en el anhelo de salvaguardar la dignidad y los derechos del hombre»<sup>6</sup>.

Alarmado por la *Declaración de Lima*, en marzo de 1939 llegó a Buenos Aires otro jerarca británico, lord Milne:

«La estrategia nacional (inglesa) está basada en los valores económicos —dijo Milne—, y Gran Bretaña necesita valerse de su comercio de ultramar para proveerse de víveres y materias primas: trigo, maíz, lino y lana en la Argentina (...). Los intereses de la nación británica son semejantes»<sup>7</sup>.

El 7 de julio, en la cena de fraternidad de las Fuerzas Armadas, el presidente Ortiz anunciaba que «en el próximo choque mundial no podrá haber neutrales». No debió referirse a una participación bélica, sino a las simpatías personales particulares. No debió gustar a los militares ni tampoco a los ingleses, porque no las repetirá cuando la guerra quedó efectivamente empeñada.

<sup>6</sup> *La Prensa*, 12-V-37.

<sup>7</sup> Cit. por R. A. Ferrero, *Del fraude a la soberanía popular. 1938-1946* (ed. La Bastilla, Buenos Aires, 1976), p. 70; y otros.

### La guerra efectiva (3 de septiembre de 1939)

El 30 de agosto de 1938, los prudentes —y optimistas— Neville Chamberlain, primer ministro de Inglaterra, y Pablo Daladier, presidente del Consejo de Ministros de Francia, aceptaron en Munich a Hitler y Mussolini el hecho consumado de la reincorporación a Alemania del país de los *sudetes*, pese a la resistencia de Checoslovaquia; en marzo, los restos de Checoslovaquia desaparecen; en abril, concluye la guerra civil española con la derrota de los republicanos españoles abandonados por franceses e ingleses; ese mismo mes, Mussolini ocupó a Albania y expulsó al rey Zogú; en mayo, ambos dictadores confesaron la existencia de un eje Roma-Berlín.

¿Hasta cuándo seguiría el *anschluss* germano (y expansión en el caso de los checos y los eslovacos)? ¿Hasta dónde la fiebre imperial que se le había despertado a Mussolini al apoderarse de Etiopía y después con lo de Albania? La *Gran Alemania* por la que había clamado el partido *nazi* estaba casi lograda en sus fronteras raciales y lingüísticas, salvo Polonia, que retenía zonas de población alemana y estaba protegida por Inglaterra y Francia, que no le habían escatimado armas y promesas de ayuda militar. Pero no era, sin duda, por Inglaterra y Francia que Hitler no se decidía al *anschluss* de Polonia. Es que podría intervenir la Unión Soviética con su formidable poder.

Las ideologías se dejan de lado cuando lo exigen las conveniencias nacionales. Esto lo entendía Stalin, más ruso (a pesar de su nacimiento georgiano) que comunista; no tanto Hitler, que había hecho de su nacionalismo un culto fanático y nunca pudo separarlo del anticomunismo (posición tan ideológica como el comunismo). Pero tenía a su lado consejeros más lúcidos, que a veces escuchaba.

El 23 de agosto, el canciller alemán Ribbentrop, que había viajado a Moscú, firmaba con Molotov, ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, un *pacto de no agresión*. La inesperada concordia dejó al mundo asombrado. Inmediatamente se movilizó el Ejército alemán y se intimó a Polonia el abandono de la ciudad de Danzig y las tierras que Alemania reclamaba como suyas. Rechazado el ultimátum, las tropas alemanas entraron —primero de septiembre— en territorio formalmente polaco.

Después de meditarlo cuarenta y ocho horas, Chamberlain y Daladier entendieron que no podían demorar más tiempo, y cumpliendo sus compromisos con Polonia se consideraron en guerra con Alemania.

### Posición argentina (4 de septiembre)

Al día siguiente —4—, el Gobierno argentino declaró la neutralidad. No tomó, como en 1914, medidas para proteger la moneda, innecesarias porque existía el control de cambios del Banco Central y porque el peso argentino no era convertible de diez años atrás.

Norman Armour, que acababa de acreditarse como embajador de los Estados Unidos, informa (cifrados del 4, 5 y 6 de septiembre) la «condenación general de la agresión alemana y enorme simpatía hacia las potencias democráticas»<sup>8</sup>, juicio que debe tomarse con precauciones porque, como veremos luego, la fuente de información de este diplomático era la prensa cotidiana<sup>9</sup>. En cifrado del 12 agrega

con optimismo que «el sentimiento de solidaridad hemisférica iba en aumento y el pueblo se volvía hacia el presidente Roosevelt y hacia los Estados Unidos para que mostraran el camino de la cooperación americana»<sup>10</sup>.

Apenas las divisiones alemanas entraron en Polonia —el primero de septiembre—, el canciller Cantilo se adelantó a invitar a los Gobiernos americanos a la reunión de ministros de Relaciones Exteriores establecida en la *Declaración de Lima*. Nueve meses atrás debió marchar a la zaga de Hull; ahora quería adelantarse para demostrar que el sentimiento de solidaridad americana se le había despertado con fuerza «y se volvía hacia el presidente Roosevelt y hacia los Estados Unidos para que mostraran el camino de la cooperación americana». Quizá la nota de Cantilo inspiró el cifrado del embajador.

La invitación de Cantilo no fue tomada en cuenta: que Hitler ocupase Polonia no era suficiente para poner en marcha el mecanismo de Cordell Hull. El secretario de Estado esperó hasta que Inglaterra y Francia declarasen la guerra a Alemania para invitar —el 3 de septiembre—, dejando de lado el pedido de Cantilo, a la Conferencia de Cancilleres americanos. Quien manda, manda. La fecha y el lugar los señalarían los Estados Unidos y no Cantilo.

<sup>8</sup> H. F. Peterson, *La Argentina y Los Estados Unidos, 1810-1960* (ed. Eudeba, traducción, Buenos Aires, 1970), p. 454.

<sup>9</sup> Como a otros diplomáticos norteamericanos, en 1917, el secretario de Estado, Lansing, y el subsecretario, Polk, debieron amonestar al embajador en la Argentina, Stimson, por «sus informes incompetentes». Éste había transmitido a su Gobierno «que toda la opinión está con nosotros», y «el presidente germanófilo se verá arrastrado por ella», cuando Yrigoyen se negaba a romper relaciones con Alemania (J. M. R., *Historia Argentina*, ed., 1976, t. X, p. 48).

<sup>10</sup> H. F. Peterson, *La Argentina*, p. 454.

## La opinión pública ante la guerra

Estaban con los «aliados» (se llamaba así, como en 1914, ala alianza franco-británica) la prensa en general, desde los matutinos «serios» a los vespertinos *Crítica* y *La Razón* y, desde luego, las agencias informativas inglesas y norteamericanas. Menos, comprensiblemente, la agencia alemana «Transocean», que atendía los cotidianos alemanes e italianos.

La mayoría de los políticos de la Concordancia gobernante, por simpatías a Francia e Inglaterra, estaban contra los atropellos del Eje. (Los germanófilos eran pocos y prudentes, fuera del gobernador Manuel Fresco, que no ocultaba su admiración por Mussolini y Hitler.)

El radicalismo seguía a Alvear en su devoción por las democracias, pero el gobernador de Córdoba, Amadeo Sabattini, por solidaridad con el neutralismo de Yrigoyen en 1917, o por la conveniencia política de no indisponerse con el electorado de origen italiano de su provincia, o por oposición a la clase alta e intelectual cordobesa decididamente aliadófila, mantenía una imparcialidad que molestaba a los amigos de Alvear.

Era decididamente antinazi la *intelligentzia* liberal, que no veía en la guerra un enfrentamiento de naciones, sino de ideologías: el antiimperialismo (exclusivamente contra los Estados Unidos) de las primeras décadas del siglo, esclarecido por Manuel Ugarte y las denuncias de la Unión Latinoamericana (Palacios, Sánchez Viamonte, Deodoro Roca, Orzábal Quintana), por los atropellos de Coolidge y Kellog a Centroamérica y el Caribe, había desaparecido (el desconfiado Manuel Ugarte entre las excepciones) cuando la «buena vecindad» reemplazó al *big stick*. Idéntica trayectoria siguió el APRA peruano y la mayor parte de la generación de la Reforma Universitaria (anotemos la defección de Saúl Taborda). Ahora, el *fascismo* era el enemigo. y Franklin Roosevelt el apóstol de la buena causa.

Opuestos al Eje eran, naturalmente, los socialistas. Desde antes de la guerra *La Vanguardia* acusaba la infiltración enemiga en las escuelas e institutos de la colectividad italiana; el 18 de mayo de 1939 Enrique Dickmann pedía a la Cámara de Diputados que se investigasen las actividades *nazis* en las escuelas de enseñanza alemana; el 7 de agosto, *La Vanguardia* declaraba su belicismo en el inminente conflicto en su editorial «La neutralidad es fascismo».

Desde el «despertar del patriotismo» en algunos intelectuales y gran parte de la juventud había una fuerte corriente antibritánica, extendida a todo imperialismo que presionara a la Argentina. Como «el enemigo de tu enemigo es tu amigo», eran muchos los que deseaban la derrota de Inglaterra.

El «viejo nacionalismo» de los sobrevivientes de la Legión Cívica y ADUNA, que quedó al margen del «despertar del patriotismo» e impermeable a la comprensión del coloniaje y revisión de la historia, militaba en su mayor parte entre los aliadófilos.

El francesismo de Alfonso de Laferrère predominó sobre su nacionalismo *maurrasiano* (confesó que en 1940 lloró de dolor ante la toma de París por los alemanes), e inició una evolución ideológica que lo devolvería al liberalismo. Su hermano Roberto mantuvo su posición nacionalista y su *Liga Republicana*, pero aclararía en su periódico, *El Fortín*, que «hace algunos años hubiéramos aceptado, por comodidad de lenguaje, que se nos llamase *antibritánicos*; así, en absoluto. Hoy, no; porque *antibritánico* en el lenguaje del día quiere decir germanófilo, y germanófilo quiere decir nazi, y nazi quiere decir partidario de la influencia alemana en nuestro país. Ser *antibritánico* dentro de este juego de palabras sería ser tan *antiargentino* como puede serlo un *antinazi*, cuando lo es por anglófilo que procura mantener la influencia inglesa entre nosotros». El inquieto Vicente Carulla, activo militante del «nacionalismo» uriburista, fundador con Laferrère de la *Liga Republicana*, con Floro Lavalle de la *Legión Cívica* y director del cotidiano *Bandera Argentina*, sintió la nostalgia de los tiempos en que vistió el uniforme francés como médico voluntario en la guerra del catorce, rompió con sus amigos partidarios del Eje, se convirtió a la causa «de la libertad», cerró su diario y consagró sus últimos años a escribir panfletos contra los nacionalistas.

La guerra trajo a FORJA una crisis parecida a la sufrida por el nacionalismo. Luis Dellepiane era *antinazi* y chocaba con los elementos jóvenes acaudillados por el vicepresidente, Arturo Jauretche, y Raúl Scalabrini Ortiz, que mantenían la prédica antibritánica del grupo. Aunque consciente del vasallaje de la Argentina, la oposición ideológica lo ponía de parte de los aliados. A fines de 1939, disgustado con el antibritanismo de *Reconquista* (diario de Scalabrini Ortiz), que a su juicio debía estar financiado por la Embajada alemana, y junto con Gabriel del Mazo, se separó del grupo y reingresó al radicalismo.

Dos cotidianos nacionalistas contrarrestaban con los telegramas de la agencia alemana «Transocean» las informaciones pro-aliados de «United Press» y «Associated Press» de los demás diarios. El mencionado matutino *Reconquista*, de Scalabrini Ortiz, de vida efímera (empezado el 15 de noviembre de 1939, alcanzó a 41 números), y el vespertino *El Pampero*, de Enrique P. Osés, bien diagramado, ameno, ágil e insolente, que ganó al público con las poesías satíricas de Lizardo Zía y las caricaturas malintencionadas de Muñiz, llegando a una tirada de cien mil ejemplares diarios, inusitado entonces. Las trabas que les impuso el capitalismo inglés (las imprentas que lo hacían caían en las «listas negras»; no se podía vender en las estaciones ni transportar en los ferrocarriles —ingleses en aquel tiempo—) fueron sorteadas por *El Pampero*, pero hundieron a *Reconquista* (Scalabrini denunció la complicidad del Gobierno al cerrar su diario el 25 de diciembre).

Se decía que ambos órganos estaban financiados por los alemanes. Era cierto que se servían de la agencia alemana «Transocean» y publicaban avisos de empresas alemanas (Bayer, Lamethal, etc.). Que las empresas alemanas se valieran en su propaganda comercial de publicaciones proalemanas y, sobre todo, con la gran tirada de *El Pampero* no puede considerarse «financiación». Los diarios aliadófilos no rechazaban la propaganda del capital inglés.

Un motivo constante de incidentes en los primeros tiempos de la guerra era el *fuelle*, distintivo que la Embajada inglesa daba a quienes contribuían con dinero para adquirir aviones de guerra. Significaba: más fuerza aérea. Se usaba en el ojal y variaba de color según la cantidad aportada. Los nacionalistas entendieron que jactarse de aportes bélicos no debía hacerse en un país neutral, y contra el *fuelle* crearon el *pinchafuelles*, alfiler de cabeza roja que se usaba en la solapa; pues a un *fuelle* se lo inutiliza con un alfiler. El encuentro de un *fuellero* con un *pinchafueller* acababa por lo regular en una gresca por el carácter provocativo del alfiler rojo. Los *fuelles* acabaron por desaparecer.

Un calificativo que no tardaría en entrar en el lenguaje corriente arrojaban los pinchafuelleros a los fuelleros: ¡cipayos...! Era la denominación de los regimientos de nativos que combatían en la India en favor de los ingleses <sup>12</sup>.

El pacto Molotov-Ribbentrop obligó a un cambio de posición de los comunistas. Movidos por las autoridades del partido, o por propia iniciativa, tomaron campo junto a los nacionalistas. El enemigo no era ya el fascismo, sino el imperialismo. Escritores de la izquierda, como Álvaro Yunque y Raúl Lana, colaboraron en *Reconquista* junto a Scalabrini Ortiz, Jauretche, Ernesto Palacio y el padre Castellani. No debió admitirlos en *El Pampero* Enrique Osés, católico y antiguo director de hojas eclesiásticas, porque no colaboraron allí. Los jóvenes comunistas se pusieron el *pinchafuelle* y, junto con los jóvenes nacionalistas, fueron a provocar *cipayos*. En los medios estudiantiles, donde la influencia del partido era grande, proliferaron *Ligas contra el imperialismo*, que unían a comunistas y nacionalistas. En 1939, el estudiante forjista José Capelli presidió la Federación Universitaria Argentina (FUA) llevado por voto de los comunistas.

<sup>11</sup> *El Fortín* del 14-VI-41 (en la colección de A. Samyn Ducó).

<sup>12</sup> Se ha discutido sobre quién puso el término en circulación. Entiendo que fue *El Pumppero*, y supongo que por pluma de Lizardo Zía.

## Conferencia de Panamá (septiembre de 1939)

Cantilo no quiso ir a la Conferencia de Cancilleres que la Secretaría de Estado convocó en Panamá. Tal vez lo movió el despecho por no haberse tomado en cuenta su invitación. En su reemplazo fue Leopoldo Melo como representante argentino.

Tampoco quiso ir Cordell Hull, que escapaba a las reuniones panamericanas después de las angustias que debió sufrir en Lima. Lo sustituyó el subsecretario de Estado, Sumner Welles, diplomático de carrera, cuyas finas maneras contrastaban con la rudeza de *congress-man* de Hull.

Melo no resultó un enemigo para Sumner Welles; al contrario. El «cooperativo doctor Melo», como lo llama en sus informes, aceptó todo lo propuesto por el norteamericano que no fuese en desmedro de Inglaterra: un comité consultivo económico y financiero que funcionaría en Río de Janeiro (que nunca hizo nada), coordinación de medidas judiciales y policiales, etc. Es decir, lo que podía aceptar la Argentina sin desmedro de su soberanía. Aceptó que se fijase una «zona de seguridad» de 300 a 500 millas alrededor del continente, pero se negó a su patrullaje en «común» (como lo proponía Welles), que significaba cercar a América con una muralla de *dreadnoughts* norteamericanos. Ni a Inglaterra le convenía ni la Marina de Guerra argentina lo admitiría. Consiguió que la custodia «en común» la resolviera individualmente cada país <sup>13</sup>. También quiso Welles prohibir el comercio con países no americanos con sumergibles, única manera que tenía Alemania de burlar el bloqueo marítimo a que estaba sometida (durante la primera guerra mundial hubo submarinos alemanes de comercio que, antes de entrar los Estados Unidos en guerra, comerciaban con ellos), y Melo consiguió que también se dejase al arbitrio de cada Gobierno.

Fue una disidencia «amable», y el diplomático Welles felicitó a Melo «por su espíritu de cooperación».

<sup>13</sup> Ese «cinturón de castidad», como lo llaman los autores norteamericanos, custodiado, en el caso argentino, por nuestra Marina de Guerra, equivalía a *un mar territorial*. Es cierto que exclusivamente mientras durase la guerra, pero significaba un antecedente para los tiempos posteriores. En 1939, Estados Unidos no era la principal potencia marítima, como lo es cuarenta años después cuando quiere reducir —en 1979— el mar territorial a tres exclusivas millas.

Seguramente la Secretaría de Estado había olvidado, por lo menos no lo menciona, el precedente de Panamá. Tampoco hemos visto que los países americanos, entre ellos el nuestro, lo recordaran.

## El «Graff Spee» (diciembre)

En diciembre, la guerra golpearía al río de la Plata. El crucero alemán *Graff Spee*, después de combatir con buques ingleses en las inmediaciones de Punta del Este, debió recalar en Montevideo para reparar sus estragos.

Su comandante, el capitán Hans Langsdorf, habrá sido un excelente profesional, pero era un ingenuo para las cosas políticas. Creyó que el Uruguay era neutral por haberlo así declarado, pero el Uruguay, gobernado por Baldomir y Guani, donde era total la influencia del embajador británico, Millington Drake, no era neutral. Y el capitán Langsdorf lo debió pagar con su vida.

No obtuvo del Gobierno uruguayo —influido por el embajador inglés y por la parcialidad del canciller Guani— facilidades para reparar su buque, ni que se protestara porque los buques enemigos lo esperaban en aguas territoriales uruguayas, pese a que en Panamá se acababa de votar una zona de seguridad de 300 millas.

En esas condiciones no le era posible librar combate. El capitán Langsdorf hundió su buque al salir de Montevideo: llevó a los tripulantes en lanchas de salvamento hasta Buenos Aires, donde fueron asilados (más tarde, a pedido de los aliados, serían internados). Y se pegó un tiro.

## La guerra a principios de 1940

Durante ocho meses no hubo acciones en el frente occidental. Franceses y alemanes se vigilaban mutuamente desde la *Maginot* y la *Siegfried*. Los franceses llaman a este período *drôle de guerra* («la guerra boba»), que hizo suponer a algunos que el «mal entendido de Danzig» podía arreglarse. Al fin y al cabo Alemania había completado su *anschluss* y la ocupación de Polonia por Alemania y la Unión Soviética no parecía definitiva. Finlandia, invadida por los rusos, había resistido gallardamente.

Entre nosotros, fuera de los socialistas, para quienes «la neutralidad es fascismo», y de las acusaciones cotidianas de *El Pampero* y *Reconquista* de que Inglaterra nos quería arrastrar al conflicto, la posición dominante era en favor de la neutralidad, cualesquiera fuesen las preferencias hacia uno u otro bando. Se era proinglés o proalemán (*cipayo o nazi* en el lenguaje corriente). Aún no había pronorteamericanos.